

melusina [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

Introducción a la cultura japonesa
Hisayasu Nakagawa

Ius Migrandi
Ermanno Vitale

La clave celeste
Leszek Kołakowski

Heidegger en la tormenta
Marcel Conche

Flor de farola
José Antonio Millán

El volcán
Antonio Moresco

Instante propicio, 1855
Patrik Ourednik

Michel Bounan

La loca historia del mundo



melusina [sic]

Título original: *La Folle Histoire du Monde*

© Editions Allia, Paris, 2006

© De la traducción del francés: Julieta Lionetti

© Editorial Melusina, S.L., 2007

www.melusina.com

Diseño: David Garriga

Reservados todos los derechos de esta edición.

Depósito legal: B. 35.866-2007

ISBN-13: 978-84-96614-32-1

ISBN 10: 84-96614-32-8

Printed in Spain

CONTENIDO

I. El sentido de la historia	13
II. Verbum dimissum	33
III. Un mundo por conquistar	55
IV. La sociedad dividida	75
v. La negación de sí mismo	105
VI. Balance provisional	155
VII. El fin de las ilusiones	179
<i>Notas</i>	201
<i>Bibliografía sucinta</i>	203

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

La mansedumbre y la falta de espontaneidad, la humildad y la sumisión rampante ... son el principal rasgo de carácter de los amerindios y pasará mucho tiempo antes de que los europeos consigan darles un poco de dignidad personal. La inferioridad de esos individuos en cualquier aspecto, incluso en la estatura, se manifiesta en todo.

G. W. F. Hegel,
Lecciones sobre la filosofía de la historia universal

CUANDO LOS PUEBLOS AMERINDIOS descubrieron la civilización europea, hacia fines del siglo XV, seguramente quedaron más atónitos por el encuentro que los aventureros que acababan de desembarcar en sus tierras. Las costumbres de los habitantes de América, su organización económica y social, como también sus técnicas rudimentarias, evocaban en los invasores, y en los europeos a quienes luego les contarían sus hazañas, un mundo «primitivo» que no les era completamente extraño. Aquellas formas de vida, y de vida en común, podían activarles recuerdos de su propia infancia y, a aquellos que no carecieran de conocimientos históricos o al menos bíblicos, el origen de la civilización

a la que pertenecían. Lo que reconocieron, no sin cierto desprecio y quizás una pizca de nostalgia mezclada con una religiosidad santurróna, les evocaba un universo casi familiar. Los habitantes de América, por el contrario, descubrieron un tipo de civilización completamente desconocida y hasta entonces inimaginable. En este sentido, se podría decir que el descubrimiento de Europa por los amerindios fue un acontecimiento histórico mucho más importante y más portentoso que el que hicieron algunos de los marinos españoles a lo largo de las costas de las Antillas.

En primer lugar, los artefactos de guerra de los que estaban armados los nuevos invasores habrán dejado estupefactos a los pueblos de América. Frente a poblaciones que, en su mayoría, no se habían dedicado ni siquiera a los rudimentos de la metalurgia, las lanzas, las picas y las ballestas, las armaduras y los cascos, fueron de una eficacia terrible. En cuanto a las armas de fuego —los arcabuces, los mosquetes y los primeros cañones— es fácil imaginar el pavor que provocaron. Había más cosas que desafiaban el entendimiento de aquellos «primitivos»: los utensilios de metal, las construcciones de piedra, los caballos y los carros, capaces de transportar desde lejos materiales y armas pesadas. Sin duda, los visitantes que habían arribado a sus costas eran portadores de una ciencia temible.

Sin embargo, estábamos lejos de que los pueblos amerindios se deslumbraran con las técnicas de sus invasores: «¿Que mi flecha ya no matará? ¿Qué necesito vuestros fusiles? Volved al país de donde venís. ¡No queremos vuestros regalos, ni os queremos en nuestras tierras!», declaraba un jefe pawnee en uno de los primeros encuentros de su pueblo con los europeos.¹ En cuanto a esta ciencia y las enseñanzas que sirven a su transmisión, también las rechazaron pronto. Desde el siglo XVIII, la Asamblea de las seis naciones indias se negó a enviar a sus hijos a las escuelas de los invasores: «Muchos de nuestros jóvenes se educaron en vuestros colegios en otros tiempos ... Se les instruyó en todas vuestras ciencias pero, cuando volvieron ... no valían nada».² Además, los pueblos amerindios reconocieron enseguida los estragos que provocaban esas técnicas y esas ciencias: «Desfiguran la tierra con sus construcciones y sus desechos. Esta nación es como un torrente en época de deshielo, que se sale de cauce y destruye todo a su paso.»³

Otras peculiaridades, aún más inquietantes, parecían caracterizar a los recién llegados. En primer lugar, la avidez insaciable asombró a unos pueblos que desconocían el uso de la moneda: «El amor por las posesiones es entre ellos una enfermedad», diagnosticaba un guerrero sioux en tiempos de la fiebre del oro.⁴ Esas gentes no mataban a

los animales para comerlos, «los matan por el metal, que les vuelve locos». ⁵ Asimismo, su propensión a la mentira, sus engañosas y sus repetidas traiciones daban fe de una indignidad extraordinaria: «No son hombres —declaraba un canadiense—, son bestias poco agradables a la vista, sus rostros están desnaturalizados por la perfidia.» ⁶ Al igual que su crueldad gratuita: los blancos a veces matan «por el simple placer de matar.» ⁷

Los pueblos amerindios también se sorprendieron al constatar la obstinación que sus invasores ponían en el trabajo, su fiebre industriosa digna de insectos y, sobre todo, la determinación inquebrantable de inculcar esta locura extravagante al resto del mundo: «Nos decís que para vivir hay que trabajar... Vosotros, hombres blancos, vosotros podéis trabajar si es vuestro gusto, a nosotros no nos molesta en absoluto; pero una y otra vez nos repetís: “¿Por qué no os volvéis civilizados?” ¡No queremos saber nada de vuestra civilización!» ⁸ Y todavía más: «Mis hijos no trabajarán jamás, los hombres que trabajan no pueden soñar, y la sabiduría nos llega de los sueños.» ⁹

Para colmo, aquellos europeos ávidos, crueles, embusteros y frenéticamente industriosos pretendían inculcarles una especie de religión —en cuyo nombre, por otro lado, contendían sin cesar entre ellos— una religión que, a juicio de los amerindios, «oscurecía y embotaba el camino recto y claro.» ¹⁰

No obstante, a pesar del desdén que mostraban por la ciencia de sus invasores y por su locura portentosa, era sobre todo su organización social y política la que les resultaba más despreciable. En sus *Ensayos*, Michel de Montaigne relata la visita de tres amerindios, llevados a Ruán en tiempos de Carlos IX, que se dicen sorprendidos de la existencia, entre sus anfitriones, «de hombres que viven en la abundancia y saturados de todas las comodidades y ahítos», mientras otros hombres «mendigaban a sus puertas, escuálidos de hambre y de pobreza.» Les parecía raro que aquellos necesitados «pudieran sufrir tal injusticia, que no saltaran a la garganta de los otros ni prendieran fuego a sus casas.» Un siglo después, un jefe de la tribu de los hurones le decía al barón de Lahontan: «Tengo el completo dominio de mí mismo, hago lo que me place, soy el primero y el último de mi nación, no le temo a ningún hombre, sólo dependo del Gran Misterio. No es así para ti. Tanto tu cuerpo como tu alma están condenados a depender de tu gran capitán; tu virrey te tiene a su disposición, no tienes la libertad de hacer aquello que habita en tu espíritu; tienes miedo de los ladrones, de los falsos testimonios, de los asesinos, etc., y estás en manos de una infinidad de personas situadas por encima de ti. ¿Acaso no es cierto?»¹¹ Y en la misma época: «A pesar de vuestra apariencia de Amos y de grandes Capitanes, no

sois más que simples jornaleros, criados, sirvientes y esclavos». ¹² Aún más tarde, un guerrero sioux observaba: «Este pueblo hace leyes que los ricos pueden quebrantar, aunque no así los pobres. Cargan de impuestos a los pobres y a los débiles para mantener a los ricos que gobiernan». ¹³

Así se manifestaban para los amerindios las aptitudes de ese pueblo extraño que acababa de arribar a sus costas a fines del siglo xv: un ingenio técnico considerable, pero por lo demás inútil y, a menudo, dañino; un desvarío hasta entonces desconocido, asociado con la manía de enriquecimiento y acumulación; una crueldad sádica y una inclinación frecuente a la mentira; en suma, una organización social extravagante basada en el trabajo, escandalosamente desigual y tan visceralmente enemiga de la libertad que todos eran servidores de un amo quien, a su vez, también era un esclavo.

Tales proezas técnicas, tales desvaríos y esa organización social están claramente unidas, como siempre lo han estado en la historia de las civilizaciones humanas la conciencia individual y la organización social. Pero su modo de relacionarse puede enfocarse desde ángulos diferentes y los puntos de vista que surjan de esta observación —que examinaremos aquí— merecen confrontarse.

El encuentro entre la vieja América, que parecía no haber cambiado desde tiempos inmemoriales, y la nueva Europa, que apenas tenía unos siglos de existencia, puede resultar un caso extremo en la medida que aquí se han relatado, principalmente, las costumbres y las declaraciones de los amerindios de las grandes planicies del norte.

Sin embargo, la confrontación brutal entre la nueva Europa y las viejas civilizaciones ha producido, por cierto, los mismos choques y las mismas opiniones de una parte y de la otra en casi todo el mundo. No sólo en América del Norte se encuentran estas opiniones, también en grandes segmentos de América del Sur, en las islas del Pacífico, en casi toda Indonesia, desde Borneo a Sumatra y en la Célebes, al igual que entre los pueblos de Oceanía, entre los inuit de las regiones árticas, entre los siberianos, a medida que los europeos los abordaban con sus armas y sus tecnologías, sus neurosis y sus ideologías, su culto al trabajo y a la servidumbre generalizada, su sistema de organización y de opresión social. Más tarde, la explotación de África central y el descubrimiento de pueblos que no habían conocido la civilización árabe-musulmana dio lugar a los mismos enfrentamientos y a las mismas apreciaciones mutuas.

Todos esos pueblos antiguos resultaron vencidos y, en su gran mayoría, exterminados. De su

civilización, destruida, no quedaron más que pequeños enclaves —conservados para beneficio de los etnólogos— dentro de la inmensa colonia europea en la que se convirtió el mundo. Las armas y las técnicas modernas dieron buena cuenta de aquellas civilizaciones incapaces de oponerse a ellas. El alcohol y otras drogas hicieron añicos los últimos focos de resistencia. La victoria de Europa fue, por tanto, completa, como lo había sido, quince siglos antes, la de los ejércitos y la tecnología romana lanzados contra el conjunto de Europa, contra los beréberes de África y los pueblos de Oriente Medio.

Los colonizadores europeos también se encontraron con otros pueblos, cuyas civilizaciones juzgaron más «avanzadas» y más cercanas a la suya que la de los amerindios de América del Norte, la de los aborígenes de Australia o la de los pigmeos de África central. Sin duda, esas civilizaciones habían recorrido un largo y considerable camino, en cuestiones de ciencia y tecnología, también en la neurosis individual y en la elaboración de sistemas metafísicos, en el despotismo y en la servidumbre.

En el continente americano, los invasores descubrieron, a su vez, grandes imperios en América Central y a lo largo de los Andes: agricultores y ganaderos, constructores de caminos, de palacios y de templos. La religión de esos pueblos no era un

asunto individual, sino que estaba dirigida por un cuerpo de funcionarios sacerdotales, de acuerdo con un calendario litúrgico muy estricto. Esta religión pretendía protegerlos contra potencias demoníacas aterradoras que exorcizaban por medio de sacrificios de animales o de hombres. Además, los pueblos de estos imperios vivían bajo regímenes de monarquía hereditaria. Estaban divididos en clases sociales rígidas, al igual que en Europa, y gobernados por un sistema severamente centralizado alrededor de un monarca casi divino.

Con anterioridad, y en otras regiones del mundo, los europeos habían tenido oportunidad de conocer imperios gigantescos, sobre todo en el Oriente Medio y en Asia, imperios a los que pronto se enfrentarían para someterlos a sus propias leyes. Allí, el trabajo de la piedra, de los metales, del vidrio y de los textiles había alcanzado cotas de excelencia notables mucho antes que en Europa. Sus ciencias, las matemáticas y la astronomía en especial, eran más antiguas y tenían un grado de desarrollo excepcional. La organización social de esos pueblos también se basaba en un rígido sistema de clases sociales jerarquizadas; el comercio florecía y, aquí y allá, se practicaba la trata de esclavos, a veces únicamente para provecho de las necesidades sexuales insatisfechas de sus clases superiores.

Todos esos imperios, en América, en Asia y en

el Oriente Medio, habían recorrido el mismo camino de «progreso» que Europa, tanto en lo concerniente a su desarrollo tecnológico como en lo que hacía a sus costumbres y su organización social. No obstante, algo parecía haber frenado su avance en un momento dado, e incluso haberlo detenido en un punto de equilibrio estable. Tanto es así que, en el siglo XIX, todos ellos tuvieron que capitular ante el poderío militar europeo.

Porque Europa había continuado su camino de progreso. Sin duda, no habría sido capaz de enfrentarse victoriosa a China ni al poderío árabe-musulmán en los tiempos en que se adueñaron del continente amerindio, pero a partir de entonces nada se opuso a su progreso en todos los ámbitos —tecnológicos, morales, políticos— y fue capaz de someter al mundo entero para que aceptara sus formas de ser, de comprender y de vivir.

Después de que los cañones de largo alcance se cargaran de razones contra China y el Imperio otomano, otras armas aún más sofisticadas vencieron a los pueblos que intentaban acortar su retraso en el terreno tecnológico y militar. Una potencia industrial que se había vuelto grandiosa modificó por completo la faz de la tierra y la vida de sus habitantes, quienes a partir de entonces pueden recorrer de punta a punta sus países, y hasta el mismo planeta, en pocas horas, sin darse cuenta de lo que allí ocurre, que es idéntico en to-

das partes en la medida en que la transmisión instantánea de la información y de las órdenes garantiza en este momento la homogeneidad del mundo.

En otros ámbitos, en los que ya se había tornado relevante, Europa continuó progresando. Desde que los europeos empezaron a mentar la «razón» en todos sus propósitos, a divinizarla e incluso a rendirle culto, ¿qué ha ocurrido con esta locura que tanto sorprendió a los pueblos antiguos? Para darse cuenta, ni siquiera hace falta citar los discursos de ciertos salvajes de América ni de ningún otro lugar. Sus propios psiquiatras, aunque algo pringados por una cultura que en absoluto favorece la comprensión de estos asuntos, reconocen que hoy, en Europa y en sus ex colonias de ultramar, un adulto de cada cuatro padece de problemas mentales inconfundibles. ¿Y qué decir de los demás? ¿Algún psiquiatra se incomodará hoy porque tanta gente continúe comprando y acumulando en sus casas objetos del todo inútiles a manera de pretilos contra el vacío de sus vidas? Y, sobre todo, fabuladores inveterados, la mayoría de nuestros contemporáneos se identifica con roles sociales que considera nobles y enaltecidos, pero que sin embargo debe renovar incesantemente para compensar de manera ilusoria su absoluta sumisión a un sistema de opresión que ya es universal.